

la faena, suelen además sazonzarse con alegres y por lo regular expresivos y epigramáticos cantares, entonados unas veces en coro, otras á solo, otras á dúo, y por el son más popular y corriente en sus países respectivos, ya sea jota ó fandango, caña ó muñeira, habas-verdes ó playeras, seguidillas ó zorcicos.

Á propósito de zorcicos, el que haya viajado por nuestras provincias Vascongadas, sobre todo por la nunca bien ponderada de Guipúzcoa, no podrá menos de confesar que allí está la flor y la nata de las *Lavanderas*. Ellas aventajan en hermosura, generalmente hablando, á las del resto de la monarquía, sin serles inferiores en brio y desparpajo. Son mujeres que profesan su arte con verdadero entusiasmo, y no gastan melindres, ni se andan por las ramas, ni piden gollerías. Vigorosas como los robles y los castaños que crecen en sus montañas, desafían denodadas al viento, venga de donde viniere, y arrostran los rayos del sol... en los quince ó veinte días que durante el año osa amanecer por aquellos andurriales el padre de la luz. Nada de acurrucarse tímidas ó pudorosas dentro de un cajón, como *Kelinigique* en el *Circo* ó como las *Lavanderas* de Madrid en el sediento Manzanares. Nada de estacionarse sobre los céspedes y entre los juncos de la cenagosa orilla. Antes quieren ostentar la libertad y el descuido del plateado pez que la cobardía y negligencia de la verdi-negra y asquerosa rana. Diríase que son *impermeables* según se las apuestan al húmedo elemento. Justamente confiadas en las robustas bases de su edificio corporal..., *piernas*, que dice el vulgo, no temen que las bañen las ondas lascivas, y con su pan se lo coma el transeunte que, al ver tan incitativo espectáculo, tenga envidia de las lascivas ondas. La gala de una provinciana es no mojarse las sayas, y ella se ingenia para conseguirlo; lo demás, como decía el otro, *¡que lo parta un rayo!*... Es que, vamos, ¡aquello tiene que ver! ¡Sobre que no cabe más perfectibilidad en la parte mímica y arquitectónica de la industria! En otras provincias las *funciones* de las *Lavanderas* son prosaicas en extremo, pero allí..., ¡allí hay *poesía!* No me atreveré á comparar á aquellas criaturas (hablo de las jóvenes; ¿quién mira á una vieja?... ¡y desnuda!); no me atreveré, digo, á compararlas con Diana y su séquito en el baño, ni con Anfitrite y su corte en sus diáfanos camarines; pero algunas de esas mujeres-peces,

especialmente si son ciudadanas de *Azpeitia* y *Azcoitia*, bien pudieran entrar en parangón con las *náyadas* fabulosas. ¡Y vea usted lo que es el mundo, señor don Ignacio! En aquella tierra, por tantos conceptos excepcional, y salvas algunas aberraciones á que hayan dado lugar los desafueros de la guerra civil, las mujeres se precian de muy morigeradas, y aun muchas hacen alarde de esquivas hasta rayar en salvajes; y no se les ocurrió que las piernas sirvan para otra cosa que para andar; y los hombres del país no hacen más aprecio de dichos adminículos que de las nubes de antaño. Ya se ve; nadie da valor á lo que no se le escatima y regatea.

Ahí tiene usted, señor editor, en la breve, y acaso un tanto hiperbólica descripción que antecede, un tipo de *Lavanderas* asaz pintoresco y apetecible. ¿Quiere usted otro que le sirva de contraste? ¿Quiere usted que le muestre la *Lavandera* en todo el bello ideal de la fealdad y en todo el apogeo de la inmundicia? Pues este tipo, con limitadas, pero honorosas excepciones, es la *Lavandera pública* de Madrid. Entienda usted que por *Lavandera pública* entiendo yo la que tiene este solo medio de vivir; y, en tal concepto, está á la disposición de todo el que la ocupa, encargándose de volver limpia la ropa que sus pocos ó muchos parroquianos le confían en otro estado menos grato á los ojos y á las narices.

Antes de reseñar las cualidades positivas de esta clase de *Lavanderas*, es necesario indicar sus dotes *negativas*. Este *respetable gremio* excluye principalmente en la que haya de pertenecer á él las circunstancias de aseo personal, juventud y belleza, con todos los adherentes y condimentos de la última; á saber, la gracia, el garbo y la presunción. Las hembras del pueblo que no carecen de tales requisitos se dedican en Madrid á otro género de manufacturas, ó ejercen el *comercio* á la menuda, ya ambulantes, ya sedentarias; ora vendan naranjas y limones, *toito agrio*; ora *torraos* y pasas, *muñuelos* y piñones; ora ramilletes, *arvellanas* y *raabanos*; ó bien, por un efecto de su nunca desmentido patriotismo, de su ardiente caridad, recorren entre dos luces las calles principales de la corte ofreciendo *consuelos* á los *tristes*; ó ya, á fuer de filantrópicas y hospitalarias, practican en sus casas la obra misericordiosa de *dar posada al peregrino*. Otras se someten á la condición de criadas, dando

no poco que hacer con sus mudanzas de domicilio á los amos, á los memorialistas y á los alcaides de barrio. Otras, en fin, son reclutadas, mal de su grado, para los talleres de la casa de beneficencia, vulgo *Hospicio*. Téngase, pues, por *intrusa* á toda *Lavandera* de oficio que cuente menos de cuarenta navidades, y á toda la que no se presente cada lunes pingajosa y desgredada á recoger de casa en casa los repugnantes *mapa-mundis* acumulados durante una semana en oscuros retretes.

Sin embargo de su fealdad y vetustez, rara es la *Lavandera* de *parroquia* que no tenga un *querido*, cuando su mal *sino* le ha impedido proveerse de un esposo; que este último *artículo de consumo* no se obtiene así como quiera; pero cuando se trata del primero, nunca falta un roto para un descosido. La guarnición de Madrid es numerosa, el estómago del soldado es la *romana del diablo*, y cuando *faltan las sobras* ¿con qué no apechuga un granadero? ¿Qué pierde él en dejarse querer por una *prójima*, de cuya cuenta corre el excusarle reprimendas y lapsos en las revistas de policía, de cuyo plato de callos es *participe lego* en los ventorrillos de la *Virgen del Puerto*, cuya munificencia le facilita algunos reales para fumar, beber, jugar y demás gastos religiosos, y á cuyas caricias puede impunemente responder con ultrajes y ternos y cintarazos?

Pero éstas ya son personalidades reprehensibles, y no es lícito á un escritor, por satírico que sea, el entrometerse en la vida privada. Respetemos las debilidades de la mujer, aunque no pertenezca al *bello sexo*, y volviendo á la *Lavandera*, confesemos que la de *Mantua Carpetana* no es peor en punto á lavoteo que la de Sevilla ó Zaragoza. Sea que lo denegrado y demacrado y fiero de su rostro y el mal perjeño de su vestimenta haga resaltar más la blancura de la ropa que le fué encomendada, ó que realmente se esmere en agradar á los que la dan de comer, ello es, que no cumple del todo mal con su obligación. Mas aunque alguna vez suceda lo contrario y por esta ú otras razones se la quiera despedir, no se logra fácilmente; que una *Lavandera* veterana sabe tomar muy bien sus medidas para evitar, ó cuando menos diferir tan funesto contratiempo. Apenas habrá una que no cobre cuarenta ó cincuenta reales adelantados á cuenta de lo que vaya ensuciando la familia; ó, para decirlo con más decoro, á cuenta de lo que vaya ella la-

vando. Antes que se amortice completamente un empréstito halla medio para empeñarse con otro, y cuando se le niega, protesta que le han robado un mantel, ó que la avenida se ha llevado una sábana; mientras la paga en lavaduras, forzosamente han de seguir admitiendo sus servicios; vuelta á las andadas algunas semanas después, ó torna al empréstito, ó á llevar á una casa la hacienda de otra, y *vice versa*, y así sucesivamente. Con semejantes *estratagemas* se convierten algunas en censos irredimibles de las personas que las emplean, y si antes no las destituye de mano airada una pulmonía, llegan á ser inevitables confidentes de las *interioridades* de una familia en tres ó cuatro generaciones consecutivas. Por otra parte, no son muy raros los casos en que hace una *Lavandera*, con más ó menos buena fe, lo que hacen en España cada diez ó doce años los ministros de Hacienda; es á saber, *corte de cuentas*, ó por otro nombre, *banarrota*. Piérdese la colada entera, lo cual siempre sucede cuando está más llena; declárase entonces insolvente la operaria, y... sabido es que al que nada tiene el rey le hace libre.

También hay sus diferentes graduaciones ó categorías entre las protagonistas de que vamos hablando: unas son plebe, otras clase media, y otras, en fin, dentro de su esfera, tienen humos de aristocracia. Corresponden á la plebe, y es excusado decir que son las más numerosas, aquellas que, por tener poca *clientela*, acarrean ellas mismas y sobre sí mismas los talegos de *peccata mea*; de cuyo *munda me* son responsables: comprenderemos en la clase media á las que ganan lo bastante para endosar la carga, á *falta de acémila*, á un mozo de cordel; y por último no serán impropriadamente llamadas aristócratas de la profesión las que prosperan tanto en ella que necesitan para desempeñarla el auxilio de una acémila borrical, á *falta de mozo de cordel*. Estas *próceres* residen y trabajan en ambos Carabancheles y otros lugares de la comarca, y se guardan muy bien de asistir á los lavaderos de la capital; que si lo hicieran, ¡pobres de ellas! correrían mucho peligro de volver á sus hogares sin ropa, sin pollina, y probablemente sin moco y sin orejas. Pues ¡apenas es crecida y formidable la legión de *Lavanderas* que puebla las orillas del Manzanares desde *Pórtici* hasta el embarcadero del Canal! Y si á la falange femenina agrega-

mos la de sus parientes, amigos y parientes, y los figoneros y las buñoleras, y la soldadesca y la estudiantina, ¿quién osaría provocar su terrible saña? Y esta saña terrible ha estado á punto de dar un estrepitoso estallido que hubiera sido causa de una espantosa conflagración en tus afueras y en tus adentros, ¡oh heroica Villa del oso y el madroño!

El vapor, ese omnipotente resorte de la moderna civilización, ese maravilloso agente universal de la novísima industria, defraudador manifiesto y declarado enemigo de las masas proletarias, amenazó no ha mucho de lastimosa y subitánea muerte á la industria inmemorial del lavado en detalle. Una sola máquina, manejada por pocos brazos, iba á dejar sin pan de Meco y sin vino de Arganda á infinidad de máquinas vivientes. Una empresa (las empresas son el bu de la gente menuda) iba á monopolizar la *decencia pública*, y ni las costureras ni las planchadoras se hubieran salvado del inminente cataclismo; que los fabricantes de limpieza al vapor prometían ¡oh escándalo! restituir al vecindario matritense su sucia y deteriorada ropa blanqueada en un *santiamentón*, recordada por ensalmo y aplanchada y sahumada por arte de birliribloque. Por fortuna para la comunidad de lavanderas matriculadas, ó los empresarios temieron que éstas se declarasen en abierta y desesperada insurrección, como ya lo anunciaban significativos y alarmantes síntomas, ó los primeros ensayos del nuevo sistema no correspondieron á las esperanzas del público, y aun de la misma empresa: ó, lo que parece más verosímil, el espíritu de rutina ha prevalecido en este asunto, como casi siempre prevalece en la patria de Pelayo al de toda novedad más ó menos ventajosa. Ello es que la tal empresa no da ya, según tengo entendido, señales de vida, y que sus fundadores se abstienen por ahora de aventurarse á las temibles consecuencias de la impopularidad, sin que hasta hoy se haya turbado seriamente á las *ninjas* del Manzanares en la omnimoda posesión de sus fueros, inmunidades y privilegios.

Y en paz sea dicho, y aunque me acusen de retrógrado, yo que en este artículo he juzgado acaso con excesivo rigor á las que viven de limpiar á costa del sudor del prójimo, felicito sinceramente á esas pobres mujeres cuando veo disipada la nube que estuvo próxima á tronar sobre

ellas, seguro como estoy de que, si bien la mayor parte de las *Lavanderas á precios fijos* blasonan de patriótica adhesión á las actuales instituciones, ó cuando menos reconocen y acatan los hechos consumados en la presente *década feliz*, ni más ni menos que acataron y reconocieron los de la *década ominosa*, no se consideran por eso obligadas á acoger sin examen toda casta de reformas. Es decir, están por el progreso y lo aceptan...; pero á beneficio de inventario. Y ¿no es verdad, señor don Ignacio Boix, muy señor y editor mío, que usted y yo conocemos á muchos fervorosos progresistas que piensan y proceden del mismo modo?

Digamos, además, en apoyo de las lavadoras madrileñas, que éstas merecen por su parte ciertas consideraciones sobre las que deben guardarse á toda *Lavandera española*. Las de la metrópoli son bastante equitativas en la remuneración que exigen por su impropio y afanoso trabajo, atendida la carestía del jabón y demás comestibles, como he leído en la muestra de una tienda, el calzado que rompen por la mucha distancia que hay entre las casas á que acuden, y desde cualquiera de ellas al río, y debiendo tener en cuenta los cuartos que pagan á los arrendatarios de los lavaderos y á los administradores de la colada pública.

Río dije, y si Manzanares me oyera pediría la palabra para rectificar un hecho. En la mayor parte del año se ve el infeliz poco menos exhausto que el erario público, y como si harto no le agotasen los ardores del estío, todavía le hacen despiadadas sangrias para una cosa que llaman *baños* por antifrasis, quedando tan estancados y exangües los lavaderos, que raya en prodigio la habilidad de las que en ellos consiguen desencañar la ropa. ¡Así queda aquello que da grima!

¡Es mucho cuento el río de Madrid! Sobran puentes, sobran pingajos, sobran *Lavanderas*, sobran meriendas, sobran bodogones, sobran garrotazos... Sólo falta allí una bagatela... ¡el río! Y á pesar de eso, todo se lava en él tarde ó temprano, y bien ó mal... menos los lavaderos y las *Lavanderas*.

UNA NARIZ

ANÉCDOTA DE CARNAVAL

— ¿Permites que me siente junto á ti, serranita?

— Con mucho gusto. Y te agradezco que prefieras mi lado al de tantas bellezas como brillan en el salón. ¿Me conoces por ventura?

— No; hasta ahora no; y es muy posible que me suceda lo mismo aunque te quites la careta. Pero ¿qué importa? Esta noche podemos empezar á conocernos y á tratarnos, si tú quieres. Los conocimientos que se hacen en un baile de máscaras no suelen ser los peores.

— También suelen dar terribles petardos. — No seré yo quien te lo niegue, que algunos he llevado; pero...

— Y algunos habrás dado también.

— No. Poco puede engañar quien acostumbra á presentarse en todas partes, sin exceptuar los saraos de carnaval, con su cara descubierta.

— En efecto. Tú no tienes por qué ocultarla, y no de todos los hombres se puede decir lo mismo.

— Gracias; amable serrana. ¿Me conoces según eso?

— Sí; de vista. Me han dicho que eres poeta. ¿Quieres hacerme versos?

— Te los haré si los deseas, porque siempre me he preciado de complaciente con las damas; pero sepa yo primero tu nombre...

— Atribúyeme cualquiera: Filis, Laura, Filena: uno que te parezca poético. Yo no te he de decir el mío verdadero, sino el primero que me ocurra; con que, más vale que tú propio lo finjas á tu gusto.

— Pero sin ver al menos el rostro cuyas perfecciones he de ensalzar, sin conocer el dulce objeto de mis inspiraciones...

— ¿Eso dice un poeta? Á vosotros que vivís siempre en las ilimitadas regiones de lo ideal, ¿qué falta os hace la presencia de los objetos de vuestro culto? Yo por mi parte no flo tanto de mi cara, ni me parece tan estéril tu imaginación, que me aventure á descubrirla.

— Verdad es que los poetas, ya que en su número me quieres contar, solemos pasar nuestro espíritu por los espacios imaginarios; pero no nos alimentamos sólo de

ilusiones, y de mí sé decirte que en materia de placeres estoy y estaré siempre por lo positivo.

— ¿Y qué placer puedes tú prometerte de ver mi cara?

— El de admirarla, si es bonita como presumo; el de adorarte...

— ¡Siempre tenéis la adoración en la boca! Mereceríais los poetas que os desterrasen de toda república cristiana y bien constituida.

— ¿Por qué, bien mío?

— Si decís lo que siente vuestro corazón, por idólatras impíos; y si lo contrario, por embusteros. Haces bien en venir sin careta. Los poetas no la necesitáis para mentir. Siempre estáis de máscara.

— Si eso es cierto, con mucho gusto acepto por mi parte una cualidad que tanto me asemeja al bello sexo.

— ¿Tan fingidas somos las mujeres?

— Sí, mascarita. En cuanto á eso no podéis decir que os acusan los hombres sin fundamento; pero es preciso confesar al mismo tiempo que la desconfianza y la tiranía de los hombres ocasionan vuestra falta de sinceridad, y que vuestras ficciones son por lo general muy dignas de indulgencia porque os obliga á ellas el mismo deseo de agradarnos. Pero ¿es posible que no he de verte la cara?

— No puede ser. *El deseo de agradarte* me aconseja que conserve la carta.

— Tu conversación me encanta, y cada palabra aviva más mi justa impaciencia de conocerte.

— ¿Acaso has necesitado verme la cara para suponerla llena de perfecciones? ¿No me llamaste de buenas á primeras *dulce objeto de tus inspiraciones*? Créeme; tu interés y el mío se oponen al acto de condescendencia que solicitas. Mientras permanezca tapada estoy segura de oír en tu boca frases lisonjeras á que tal vez no estoy acostumbrada. Si desaparece de mi rostro el protector cendal, ¡adiós ilusión! La yerta cortesanía, la adusta seriedad sucederán á los elogios, á los requiebros, á la tierna adhesión con que, si no engreída, me tienes á lo menos divertida y contenta.

— Esa modestia es para mí la prueba más evidente de tu mucho mérito.

— Sí; ya que carezca de otro, tengo el mérito de ser modesta... Digo mal. De ser sincera.

— Á poder yo confundirte con el vulgo de las mujeres, no me costaría ahora mucho trabajo el creerte. El carnaval no es

otra cosa que el reverso de la medalla del mundo, y sin duda las damas á la sombra del tafetán, que parece convidarlas á mentir, fingen menos que con su propia cara. ¡Tienen tan pocas ocasiones de decir la verdad impunemente!... Pero tú... Tú no eres fea. Lo puedo jurar. Á fuerza de errores y desengaños he llegado á adquirir cierto tacto, cierta pericia en punto á calificar máscaras... No me equivoco así como quiera. ¡Oh! ¡Tengo yo buena nariz!

Al decir esto advertí en mi interlocutora un movimiento como de sorpresa ó de disgusto. Me figuré que había sonado mal á sus oídos una frase tan vulgar, y me apresuré á disculparme por no haberme expresado con la cultura que ella merecía: pero riéndose mi serrana, y apretándome la mano, me manifestó con suma finura y amabilidad que perdonaba de buena gracia una *lapsus lingue* de tan poca trascendencia y yo continué.

— Sólo por una cosa sentiría que te desmascarases.

— ¿Por qué?

— Porque ya no me sería lícito hablarte como á una serrana, como á una máscara. ¿No es un dolor el haber de renunciar á esta cariñosa familiaridad, á este delicioso tuteo que permiten los bailes de carnaval? Ahora te hablo como se hablan los amigos íntimos, los hermanos, los esposos, los amantes...

— Pues. Y si cometo la indiscreción de quitarme la careta, te faltará tiempo para levantarte, y apenas podrás articular un tibio y desapacible: *¡á los pies de usted!*

— ¡Qué gusto de mortificarme! ¿Me juzgas tú capaz de semejante desatención? Quiero suponer por un momento que eres fea, horrible. ¿Te despojarías con la careta que me está desesperando de los atractivos de tu conversación, de esa voz que me hechiza, de esa afabilidad que me cautiva, de esa gracia que me embelesa? ¿Cómo puede parecer mal una mujer con tales dotes? Si tu cara es fea, yo te lo perdono.

— Mira lo que dices. ¿Serás tú más indulgente que los demás hombres? ¿Estarás menos dominado que ellos por el amor propio? La fealdad es para vosotros el mayor crimen de una mujer.

— Ó yo soy de otra especie, ó tú calumnias á los hombres, serranita. Desata sino esa carátula envidiosa de mi dicha, y verás cómo, lejos de entibiarse, se aumenta mi

cariño. Y no creas que es tan aventurada mi proposición. ¿Dónde puede residir esa fealdad con que pretendes asustarme? ¿No veo yo la mórbida elegancia de tu talle? ¿No estrecho en la mía tu hermosa mano? ¿No me está enamorando tu pie donoso y pequeñuelo? ¿No me revela mayores hechizos la palpitación de ese pecho celestial? ¿No me hieren los rayos de esos morenos ojos encantadores? Esas trenzas de ébano que forman tan bello contraste con la animada blancura de tu garganta, ¿de quién son sino tuyas? ¿Tan mal sé yo sortear los movimientos de tu cabeza que no haya visto ya sonreír deleitosa tu boca divina?

— Pues con todos esos primores que tanto encareces, te aseguro que soy una visión y que has de horripilarte si me descubro.

— ¡Oh, que no! ¡Si es imposible!... Tu cuerpo, tus facciones...

— ¿Las has visto todas?

— Puedo decir que sí. La nariz es lo único... (Aquí me interrumpió con una carcajada.) ¿Te ríes? ¿Eres acaso... roma?

— Ó Cartago... ¿Qué sé yo? No te empeñes en averiguarlo.

— No; no es posible que una nariz anómala y heterogénea desluzca el inefable conjunto de tantas gracias. Y sobre todo, yo acepto todas las consecuencias del favor que te pido. Con esa boca, con esos ojos, con esas formas incomparables, yo te permito que seas chata ó narigona.

— ¡Imprudente!

— ¡Ea, descúbrete! Salga el sol para mí á las dos de la mañana.

— ¡Temerario!

— ¿Me obligarás á que te lo ruegue de rodillas? ¿Me expondrás á ser la irrisión del baile?

— Basta; bien. ¡Tú lo quieres! Me vas á ver sin máscara. ¡Que hayamos de ser tan débiles las mujeres!... Pero á lo menos no sean mis manos las que abran la caja de Pandora. Recibe por las tuyas el castigo de tu loca impaciencia.

— ¿Eso más? ¡Oh gloria! ¡Oh ventura! ¡Envidiadme, mortales! ¡Dadme la lira, oh musas! En este momento soy Píndaro, soy Tirteo...

— En este momento eres un insensato.

— ¡Qué rabia! No acierto á desatar est nudo... Lo cortaré... ¡Ah! Ya está. — ¡Herme...!

No pude concluir el vocablo; tal fué mi sorpresa, tal mi asombro, tal mi terror.

¡Qué nariz! ¡Qué nariz! ¡Qué nariz!!! No hubiera creído que la naturaleza fuese capaz de llevar á tal extremo el pleonismo, la hipérbole, la amplificación. El soneto de Quevedo

Érase un hombre á una nariz pegado...

sería pobre y descolorido para pintarla. Aquello no era nariz humana, aquello era una remolacha, un alfanje, un guardacantón, una pirámide de Egipto. ¡Gran Dios! ¡Y dicen que nuestra patria se está regenerando! Pues ¿cómo se consenten todavía tamaños abusos? Si es justo condenar todo lo que se oponga á la marcha lenta, pero progresiva de nuestras caras instituciones, todo lo intempestivo, todo lo *exagerado*, ¿cómo no se da una ley contra la *exageración* de las narices?... En medio del horror que me causaba aquella funesta mutación de escena, hubiera yo querido separarme de la nariguda serrana sin incurrir en la nota de grosero. Hice increíbles esfuerzos para articular algunas frases de galantería... ¡Imposible! Si hubiera tenido delante un espejo estoy seguro de haber visto entonces la cara de un tonto.

Por dicha mía la serrana, que sin duda había aprendido á resignarse con su deformidad y con todos los efectos de ella, se reía muy de buena fe, no sé si de mi conflicto ó de sí propia. Esto me dió ánimo para levantarme con pretexto de ir á saludar á un amigo, y sin osar mirarla otra vez me despedí con un seco y displicente: *Á los pies de usted.*

El rubor daba alas á mis pies; la cólera me cegaba. Me faltaba tierra para huir; tropezaba en muebles, en personas, en mí mismo, y me hubiera marchado á mi casa sin esperar el coche ni rescatar la capa, á no haberme excitado la misma pesadumbre que tenía una hambre tan desahogada... como la nariz á cuya sombra anocheció mi alegría. Volé, pues, al ambigú; me apoderé de una mesa, arrebaté la lista, pedí lo que más pronto me pudieran traer: comí,

no ya con apetito; con ira, de cuatro platos diferentes, y ya me iban á traer el quinto, cuando he aquí que se sienta en frente de mí... ¡Justicia divina! la misma serrana, ó por mejor decir, la misma nariz por quien dado estaba á todos los demonios. Mi primer impulso fué levantarme y correr, pero la chusca serrana me dejó petrificado diciéndome con una dulzura infernal:

— ¡Qué! ¿Se va usted por no convidarme á cenar?

Yo me turbé como un necio, y la nariz se reía, y por mi desgracia no se reía el galán que la acompañaba, que lo hubiera celebrado por poder desahogar contra él mi furor.

— Señora...

— No le haré á usted mucho gasto. Un vaso de ponche á la romana, y nada más. Semejante descaro me picó vivamente y

resolví vengarme mofándome de ella.

— Tendré muchísimo gusto en obsequiar

á usted, señorita, pero temo que esa nariz usurpe las funciones de la boca. Si no se quita usted la careta, no sé cómo...

— Claro está. No había de beber con ella. Me la quitaré.

— ¡Cómo!... ¿Qué dice usted?... Pues...

En esto, echó una mano á su nariz y... ¡se la arrancó!

¡Pecador de mí! Era postiza; era de cartón; y quedó descubierta la suya verdadera; no menos agraciada y perfecta que las demás facciones de su cara.

¿Como pintar mi vergüenza, mi desesperación al ver tan preciosa criatura, y al recordar la ligereza, la indiscreción, la iniquidad de mi conducta? Iba á pedirle mil perdones, á llorar mi error, á besar postrado el polvo de sus pies; pero la cruel dió el brazo á su pareja, me desconcertó con una mirada severa, y desapareció diciéndome friamente: *Beso á usted la mano.*

FIN





